

chos prueban que la humanidad en su desarrollo obedece á una necesidad inflexible, cuyas leyes se hacen apreciables, y cuyo sistema se realiza á medida que la razon colectiva lo descubre sin que nada en la sociedad atestigüe una instigacion exterior, ni un mandamiento providencial, ni pensamiento alguno sobrehumano. Lo que ha hecho creer en la Providencia es esa necesidad misma que constituye como el fondo y la esencia de la humanidad colectiva. Mas esta necesidad, por sistemática y progresiva que parezca, no constituye por esto ni en la humanidad ni en Dios una Providencia: basta para convencerse de esto recordar las oscilaciones sin fin y los dolorosos ensayos por los que el orden social se manifiesta.

2.º Atraviésanse otros argumentadores, y exclaman: ¿A qué esas investigaciones abstrusas? No hay Providencia, ni tampoco Inteligencia infinita: no hay fuera del hombre ni yo ni voluntad en el universo. Todo lo que sucede en mal como en bien, sucede necesariamente. Un irresistible conjunto de causas y de efectos abraza el hombre y la naturaleza dentro de la misma fatalidad; y lo que en nosotros mismos llamamos conciencia, voluntad, juicio, etc., no son más que accidentes particulares del todo eterno, inmutable y fatal.

Este argumento es el inverso del anterior. Consiste en sustituir á la idea de un autor todopoderoso y sabio la de una coordinacion necesaria y eterna, pero inconsciente y ciega. Esta oposicion nos deja ya presentir que la dialéctica de los materialistas no es más sólida que la de los creyentes.

Quien dice necesidad ó fatalidad, dice orden absoluto é inviolable: quien dice, por lo contrario, perturbacion y desorden, afirma todo lo que más repugna á la fatalidad. Ahora bien, hay desorden en el mundo, desorden producido por la accion de fuer-

zas espontáneas que no encadena poder alguno: ¿cómo puede ser esto si todo es fatal?

Pero ¿quién no ve que esa antigua disputa entre el deísmo y el materialismo procede de una falsa nocion de la libertad y la fatalidad, dos términos que se tienen por contradictorios, cuando no lo son realmente? Si el hombre es libre, han dicho los unos, Dios lo es con mayor razon, y la fatalidad no es más que una palabra;—si todo está encadenado en la naturaleza, han replicado los otros, no hay ni libertad ni providencia; y cada cual ha argumentado sin límite en la direccion que habia tomado, sin llegar á comprender jamás que esa pretendida oposicion de la libertad á la fatalidad no es más que la distincion natural, pero no antitética, entre los hechos de la actividad y los de la inteligencia.

La fatalidad es el orden absoluto, la ley, el código, *fatum*, de la constitucion del universo. Mas, léjos de que ese código excluya por sí mismo la idea de un legislador supremo, la supone de tal modo que la antigüedad toda no ha vacilado en admitirla; y toda la cuestion está hoy en saber, si como lo han creido los fundadores de religiones, el legislador ha precedido á la ley en el universo, esto es, si la inteligencia es anterior á la fatalidad, ó si, como pretenden los modernos, es la ley la que ha precedido al legislador; ó en otros términos, si el espíritu nace de la naturaleza. ANTES Ó DESPUES: en esta alternativa está resumida toda la filosofia. Disputese en buen hora sobre la posterioridad ó la anterioridad del espíritu; pero no se le niegue en nombre de la fatalidad, porque esta es una exclusion que nada justifica. Basta para refutarla recordar el hecho mismo en que se funda la existencia del mal.

Dadas la materia y la atraccion, tenemos el mundo: esto es fatal. Dadas dos ideas correlativas y contra-

dictorias, no puede ménos de venir una composicion: esto es tambien fatal. Lo que repugna á la fatalidad no es la libertad destinada por lo contrario á procurar dentro de cierta esfera el cumplimiento de la fatalidad; es, sí, el desórden, es todo lo que estorba la ejecucion de la ley. ¿Hay, sí ó no, desórden en el mundo? Los fatalistas no lo niegan, puesto que por el más extraño de los errores es la existencia del mal la que los ha hecho fatalistas. Y yo digo que la existencia del mal, léjos de atestiguar la fatalidad, la interrumpe, viola la ley del destino, y supone una causa cuyo movimiento erróneo; pero voluntario, está en completa discordancia con la ley misma. A esta causa le doy el nombre de libertad; y he probado ya en el cap. IV que la libertad, del mismo modo que la razon que le sirve de antorcha, es tanto más grande y más perfecta, cuanto mejor se armoniza con el órden de la naturaleza, que es la fatalidad.

Luego, oponer la fatalidad al testimonio de la conciencia que se siente libre, y *vice versa*, es probar que se toman las ideas al revés y no se entiende poco ni mucho la cuestion. El progreso de la humanidad puede ser considerado y definido como la educacion de la razon y de la libertad humana por la fatalidad: es absurdo mirar esos tres términos como exclusivos el uno del otro é inconciliables, cuando en realidad se sostienen, sirviendo la fatalidad de base, viniendo la razon despues, y coronando la libertad el edificio. A conocer y penetrar la fatalidad tiende la razon humana; á conformarse con ella aspira la libertad; y un estudio de la fatalidad, es en el fondo la crítica que en este libro hacemos del desarrollo espontáneo y de las creencias instintivas del género humano. Expliquémonos.

El hombre, dotado de actividad y de inteligencia, tiene la facultad de poder turbar el órden del mundo

de que forma parte. Pero todos sus extravíos han sido previstos, y se verifican dentro de ciertos límites que, despues de cierto número de vaivenes, le someten de nuevo al órden. Por esas oscilaciones de la libertad cabe determinar el papel de la humanidad en el mundo; y puesto que el destino del hombre está ligado con el de las demás criaturas, podemos elevarnos desde él á la ley suprema de las cosas, y hasta á los orígenes mismos del sér.

Así yo no preguntaré ya más: ¿cómo tiene el hombre el poder de violar el órden providencial, ni cómo le deja hacer la Providencia? Pongo la cuestion en otros términos: ¿cómo el hombre, parte integrante del universo, producto de la fatalidad, tiene el poder de interrumpirla? ¿Cómo una organizacion fatal, la organizacion de la humanidad, es adventicia, antilógica, tumultuosa y llena de catástrofes? La fatalidad no está circunscrita á un tiempo dado, á una hora, á un siglo, á mil años: ¿por qué si es fatal que lleguemos á la libertad y á la ciencia, no hemos de llegar á ellas más pronto? Porque desde el momento en que nos hace sufrir la tardanza, está la fatalidad en contradiccion consigo misma: con el mal no son posibles ni fatalidad ni Providencia.

¿Qué es, en una palabra, una fatalidad que desmienten á cada instante los hechos que pasan en su seno? Esto deben explicarnos los fatalistas, así como los deistas nos deben explicar qué puede venir á ser una inteligencia infinita, que no sabe ni prever ni prevenir la miseria de sus criaturas.

No está aquí todo. Libertad, inteligencia, fatalidad, son en el fondo tres expresiones adecuadas, que sirven para designar tres fases diferentes del sér. En el hombre, la razon no es más que una libertad determinada que tiene conciencia de su propio límite. Pero esta libertad es aún fatalidad en el círculo de sus

determinaciones; es una fatalidad viviente y personal. Cuando, pues, la conciencia del género humano proclama que la fatalidad del universo, es decir, la más alta fatalidad, la fatalidad suprema, es adecuada á una razon y á una libertad infinitas, no hace sino emitir una hipótesis de todo punto legítima, cuya verificacion se impone á todos los partidos.

3.º Se presentan ahora los *humanistas*, los nuevos ateos, y dicen:

La humanidad en su conjunto, es la realidad perseguida por el genio social bajo el nombre místico de Dios. Ese fenómeno de la razon colectiva, especie de ilusion óptica en que la humanidad, contemplándose á sí misma, se toma por un sér exterior y trascendental que le está mirando y dirige sus destinos; esa ilusion de la conciencia, decimos, ha sido analizada y explicada, y es ya dar un paso atrás en la ciencia, reproducir la hipótesis teológica. Es preciso concretarse á la humanidad, al hombre. *Dios* en religion, el *Estado* en política, la *propiedad* en economía; tal es la triple forma bajo la que la humanidad, extraña para sí misma, no ha dejado de rasgar con sus propias manos, y debe hoy rechazar definitivamente.

Admito que toda afirmacion ó hipótesis de la Divinidad procede de un antropomorfismo, y que Dios no es por de pronto sino el ideal, ó por mejor decir, el espectro del hombre. Admito además, que la idea de Dios es el tipo y el fundamento del principio de autoridad y de arbitrariedad, que nuestra tarea es destruir ó á lo ménos subordinar donde quiera que se manifieste, en la ciencia, en el trabajo, en la política. Así yo, léjos de contradecir el humanismo, le continúo. Apoderándome de su crítica del sér divino, y aplicándola al hombre, observo:

Que el hombre, adorándose como Dios, ha creado

por sí mismo un ideal contrario á su propia esencia, y se ha declarado antagonista del sér reputado soberanamente perfecto; en una palabra, de lo infinito;

Que el hombre no es por consecuencia, á su propio juicio, sino una falsa divinidad, puesto que creando á Dios se niega á sí mismo, y el humanismo es una religion tan detestable como todos los deismos de antiguo origen;

Que ese fenómeno de la humanidad que se toma por Dios, no es para explicado dentro de los términos del humanismo, y reclama una interpretacion ulterior.

Dios, segun la idea teológica, no es tan sólo el árbitro supremo del universo, el rey infalible é irresponsable de las criaturas, el tipo inteligible del hombre; es el sér eterno, inmutable, presente en todas partes, infinitamente sabio, infinitamente libre. Y digo yo, ahora que esos atributos de Dios contienen algo más que un ideal, algo más que una elevacion á la potencia que se quiera de los atributos correspondientes de la humanidad: digo y sostengo que los contradicen. Dios es la contradiccion del hombre, del mismo modo que la caridad es la contradiccion de la justicia; la santidad, ideal de la perfeccion, es la contradiccion de la perfectibilidad; la monarquía, ideal del poder legislativo, la contradiccion de la ley, etc. De suerte que la hipótesis divina va á renacer de su resolucion en la realidad humana; y aunque siempre rechazado, vuelve á estar siempre sobre el tapete el problema de una existencia completa, armónica y absoluta.

Para demostrar esa radical antinomia, no hay más que poner los hechos enfrente de las definiciones.

El más cierto, más constante y más indudable de todos los hechos, es á buen seguro que el cono-

cimiento en el hombre es progresivo, metódico, reflexivo, en una palabra, experimental; de tal modo, que toda teoría que no tenga la sancion de la experiencia, es decir, constancia y encadenamiento en sus representaciones, carece por esta sola razon de carácter científico. Sobre este punto no cabe suscitar la menor duda. Las matemáticas mismas, calificadas de puras, pero sujetas al *encadenamiento* de las proposiciones, dependen por esto mismo de la experiencia, y reconocen sus leyes.

La ciencia del hombre, partiendo de la observacion adquirida, progresa, pues, y adelanta por un terreno sin límites. El término á que aspira, el ideal que tiende á realizar, pero sin jamás poder alcanzarlo, y por lo contrario, alejándolo incesantemente, es lo infinito, lo absoluto.

Ahora bien, ¿qué sería una ciencia infinita, una ciencia absoluta que determinase una libertad igualmente infinita, como lo supone la especulacion en Dios? Sería un conocimiento no sólo universal, sino intuitivo, espontáneo, exento de toda vacilacion como de toda objetividad, aunque abrazase á la vez lo real y lo posible; una ciencia segura, pero no demostrativa; completa, pero no seguida; una ciencia, por fin, que siendo eterna en su formacion, estaria despojada de todo carácter de progreso en la relacion de sus diversas partes.

La psicología ha recogido numerosos ejemplos de ese modo de conocer en las facultades instintivas y adivinatorias de los animales; en el talento espontáneo de ciertos hombres que han nacido calculadores y artistas, y lo son independientemente de toda educacion; por fin, en la mayor parte de las instituciones humanas y de los monumentos primitivos, productos de un genio sin conciencia de sí mismo é independiente de toda teoría. Y los movimientos tan compli-

cados y tan regulares de los cuerpos celestes, las maravillosas combinaciones de la materia, ¿no se diria aún que es todo efecto de un instinto particular inherente á los elementos?....

Si por lo tanto Dios existe, algo de Dios vemos en el universo y en nosotros mismos; pero ese algo está en flagrante oposicion con nuestras tendencias más auténticas, con nuestro destino más cierto; ese algo se ve borrado constantemente de nuestra alma bajo la influencia de la educacion, y ponemos en hacerlo desaparecer todo nuestro cuidado. Dios y el hombre son dos naturalezas que huyen la una de la otra en cuanto se conocen: ¿cómo habian de reconciliarse jamás, á ménos de trasformarse la una ó la otra, ó entrambas? Si el progreso de la razon está en alejarnos siempre de la Divinidad, ¿cómo, por la razon, habian de ser idénticos Dios y el hombre? ¿Cómo en consecuencia la humanidad podria por medio de la educacion llegar á ser Dios?

Tomemos otro ejemplo.

El carácter esencial de la religion es el sentimiento. Así por la religion atribuye el hombre á Dios el sentimiento, como le atribuye la razon; y afirma además, siguiendo la marcha ordinaria de sus ideas, que el sentimiento en Dios, del mismo modo que la ciencia, es infinito.

Ahora bien: esto sólo basta para cambiar en Dios la calidad del sentimiento, y hacer de él un atributo totalmente distinto del del hombre. En el hombre el sentimiento brota, por decirlo así, de mil manantiales diversos: se contradice, se turba, se desgarrá á sí mismo, hechos todos sin los cuales no se sentiria. En Dios, por lo contrario, el sentimiento es infinito, es decir, uno, pleno, fijo, límpido, fuera del alcance de las borrascas, sin necesidad alguna de excitarse por medio del contraste para llegar á la felicidad. Expe-

rimentamos nosotros mismos ese modo divino de sentir cuando arrebatando un solo sentimiento todas nuestras facultades, como sucede en el éxtasis, impone momentáneamente silencio á los demás afectos. Pero ese estado de embeleso no existe nunca sino con auxilio del contraste y por una especie de provocacion de cosas exteriores: no es jamás perfecto, ó si llega á su plenitud, es como el astro que alcanza su apogeo en un instante indivisible.

Así nosotros no vivimos, ni sentimos, ni pensamos, sino por una serie de oposiciones y de choques, por una guerra intestina: nuestro ideal no es, por lo tanto, un infinito, sino un equilibrio: lo infinito expresa una cosa distinta de nosotros.

Dios, se dice, no tiene atributos que le sean propios: sus atributos son los del hombre; luego el hombre y Dios son una sola y misma cosa.

Siendo, por lo contrario, los atributos del hombre infinitos en Dios, son por la misma razon propios y específicos: es del carácter de lo infinito convertirse en especialidad, en esencia, por el solo hecho de existir lo finito. Niéguese, pues, la realidad de Dios como se niega la realidad de una idea contradictoria; rechácese de la ciencia y de la moral esa fantasma inagarrable y sangrienta, que cuanto más se aleja más parece perseguirnos: esto por lo ménos es hasta cierto punto justificable, y en ningun caso nocivo. Pero no se haga de Dios la humanidad, porque seria calumniar al uno y á la otra.

¿Se dirá que la oposicion entre el hombre y el sér divino es ilusoria y proviene de la oposicion que existe entre el hombre individual y la esencia de la humanidad entera? Entónces es preciso sostener que la humanidad, puesto que la humanidad es lo que se diviniza, no es progresiva ni sufre contraste alguno en la razon ni el sentimiento; en una palabra, que

es infinita en todo, lo cual está desmentido, no sólo por la historia, sino tambien por la psicología.

No es así como hay que entender nuestro sistema, exclaman los humanistas. Para concebir el ideal de la humanidad, es preciso considerarla, no en su desarrollo histórico, sino en el conjunto de sus manifestaciones, como si todas las generaciones humanas, reunidas en un mismo instante, formasen un solo hombre, un hombre inmortal é infinito.

Esto es decir que se abandona la realidad por una vana figura; que el hombre verdadero no es el hombre real; que para encontrar el hombre verdadero, el ideal humano, es preciso salir del tiempo y entrar en la eternidad, ¿qué digo? dejar lo finito por lo infinito, el hombre por Dios. La humanidad, tal como la conocemos, tal como se desarrolla, tal, en una palabra, como puede existir, está del derecho; se nos enseña su imágen al revés como en un espejo, y se nos dice: hé aquí el hombre. Y yo respondo: este no es el hombre; es Dios. El humanismo es deísmo del más perfecto.

¿Cuál es, pues, esa providencia que suponen en Dios los deístas? Una facultad esencialmente humana, un atributo antropomórfico, por el cual se entiende que Dios mira á lo futuro segun el progreso de los acontecimientos, del mismo modo que nosotros hombres miramos á lo pasado, siguiendo la perspectiva de la cronología y la historia.

Ahora bien, es óbvio que cuanto repugna á la humanidad lo infinito, es decir, la intuicion espontánea y universal en la ciencia, tanto repugna la providencia á la hipótesis de un sér divino. Dios, para quien todas las ideas son iguales y simultáneas; Dios, cuya razon no separa la síntesis de la antinomia; Dios, á quien hace la eternidad presentes y simultáneas todas las cosas, no ha podido, creándonos, revelarnos

el misterio de nuestras contradicciones; y esto precisamente porque es Dios, porque no ve la contradicción, porque su inteligencia no cae bajo la categoría del tiempo ni la ley del progreso, porque su razón es intuitiva y su ciencia infinita. La providencia en Dios es una contradicción dentro de otra contradicción: por la providencia ha sido verdaderamente Dios hecho á semejanza del hombre. Suprimase esa providencia, y Dios deja de ser hombre, y el hombre á su vez debe abandonar todas sus pretensiones á la Divinidad.

Se preguntará tal vez de qué le sirve á Dios tener la ciencia infinita, si ignora lo que pasa en la humanidad.

Distingámonos. Dios tiene la percepción del orden, el sentimiento del bien. Pero ese orden, ese bien, le ve como eterno y absoluto; no le ve en lo que tiene de sucesivo y de imperfecto, no ve sus interrupciones. Sólo nosotros somos capaces de ver, sentir y apreciar el mal, así como de medir la duración, el tiempo, porque sólo nosotros somos capaces de producir el mal, y es limitada nuestra vida. Dios no ve, Dios no siente más que el orden; Dios no alcanza á ver lo que sucede, porque lo que sucede está *por debajo* de él, debajo de su horizonte. Nosotros, por lo contrario, vemos á la vez el bien y el mal, lo temporal y lo eterno, el orden y el desorden, lo finito y lo infinito; nosotros vemos en nosotros y fuera de nosotros, y nuestra razón, porque es finita, ve más allá de nuestro horizonte.

Así por la creación del hombre y el desarrollo de la sociedad ha surgido una razón finita y providencial, la nuestra, en contradicción con la intuitiva é infinita, Dios; de suerte que Dios, sin perder nada de su infinidad en todos sentidos, parece como amenguado por el solo hecho de existir la huma-

nidad. Resultando la razón progresiva de la proyección de las ideas eternas sobre el plano móvil é inclinado del tiempo, el hombre puede entender la lengua de Dios, porque viene de Dios, y su razón es en un principio parecida á la de Dios; mas Dios no puede entendernos; ni bajar hasta nosotros, porque es infinito y no puede tomar los caracteres de lo finito sin dejar de ser Dios, sin destruirse. El dogma de la Providencia en Dios está demostrado falso de hecho y de derecho.

Es fácil ahora ver cómo sirven los mismos argumentos para destruir el sistema de la deificación del hombre.

Considerando el hombre fatalmente á Dios por absoluto é infinito en todos sus atributos, mientras él se desarrolla en sentido inverso de ese ideal, no hay acuerdo entre el progreso del hombre y lo que el hombre concibe como Dios. De una parte es óbvio que el hombre, por el sincretismo de su constitución y la perfectibilidad de su naturaleza, no es Dios ni podía llegar á serlo; de otra es palpable que Dios, el Ser Supremo, es el antípoda de la humanidad, la cumbre ontológica de que la humanidad se aparta indefinidamente. Dios y el hombre, habiéndose, por decirlo así, distribuido las facultades antagonistas del ser, parecen estar jugando una partida cuyo premio es el gobierno del universo: tiene el uno la espontaneidad, la inmediatez, la infalibilidad, la eternidad; el otro la prevision, la deducción, la movilidad, el tiempo. Se tienen Dios y el hombre en perpétuo jaque, y huyen el uno del otro incesantemente; y mientras éste marcha sin poder detenerse jamás en la reflexión ni en las teorías, parece aquél retroceder por su incapacidad providencial en la espontaneidad de su naturaleza. Hay, pues, contradicción entre la humanidad y su ideal, oposición entre

el hombre y Dios, oposicion que la teología cristiana habia alegorizado y personificado bajo el nombre de Diablo ó Satanás, es decir, contradictor, enemigo de Dios y del hombre.

Tal es la antimonía fundamental que no han tenido á mi modo de ver en cuenta los críticos modernos; y de ser menospreciada, como no puede ménos de conducir tarde ó temprano á la negacion del Hombre-Dios, y por consecuencia á la de toda esta exegesis filosófica, abre de nuevo la puerta á la religion y al fanatismo.

Dios, segun los humanistas, no es otra cosa que la humanidad misma, el yo colectivo del cual, como de un invisible dueño, se hace esclavo el yo individual. Mas ¿para qué esa vision singular si está fielmente calcado sobre el original el retrato? ¿Por qué el hombre, que desde que nació conoce directamente y sin telescopio su cuerpo, su alma, su jefe, su sacerdote, su patria, su estado, ha debido verse como en un espejo, sin conocerse, bajo la imágen fantástica de Dios? ¿Dónde está la necesidad de esa alucinacion? ¿Qué viene á ser esa conciencia oscura y turbia que se depura y rectifica después de cierto tiempo, y en vez de tomarse por otra, se considera definitivamente como la misma de ántes? ¿Por qué de parte del hombre esa confesion trascendental de la sociedad, cuando la sociedad misma estaba allí presente, visible, palpable, queriendo, obrando; cuando, por fin, era conocida como sociedad, y como tal nombrada?

No, se dice, la sociedad no existia: los hombres estaban aglomerados, pero no asociados: lo prueban la constitucion arbitraria de la propiedad y del Estado y el intolerante dogmatismo de las religiones.

Retórica pura. La sociedad existe desde el dia en que los individuos, comunicándose por medio del tra-

bajo y la palabra, han aceptado obligaciones recíprocas y dado origen á leyes y á costumbres. La sociedad se perfecciona sin duda á medida que progresan la ciencia y la economía; pero en ninguna época de la civilizacion implica el progreso una metamórfosis como las que han soñado los zurcidores de utopias; por excelente que haya de ser la condicion futura de la humanidad, no dejará de ser nunca la continuacion natural, la consecuencia necesaria de sus anteriores posiciones.

Por lo demás, no excluyendo ningun sistema de asociacion por sí mismo, como lo he demostrado ya, la fraternidad y la justicia, no se ha podido jamás confundir con Dios el ideal político: así en todos los pueblos se ha distinguido la sociedad de la religion. Tomábase la primera por *fin*, y la segunda tan sólo por *medio*: el príncipe era el ministro de la voluntad colectiva, al paso que Dios reinaba en las conciencias, esperando más allá del sepulcro á los culpables que hubiesen escapado de la justicia de los hombres. La misma idea de progreso y de reforma no ha dejado de existir en ninguna parte: nada, por fin, de lo que constituye la vida social ha sido en nacion alguna religiosa enteramente ignorado ó desconocido. ¿Por qué, pues, repito, esa tautología de Sociedad-Divinidad, si es cierto, como se pretende, que la hipótesis teológica no contiene otra cosa que el ideal de la sociedad humana, el tipo preconcebido de la humanidad trasfigurada por la igualdad, la solidaridad, el amor y el trabajo?

Si hay, á la verdad, una preocupacion, un misticismo cuya decepcion me parece hoy temible, no es ya el catolicismo que se va, sino más bien esa filosofía humanitaria que sobre la fe de una teoría demasiado sábia para que no tenga su mezcla de arbitraria, hace del hombre un sér santo y sagrado; que

le proclama Dios, es decir, esencialmente bueno y ordenado en todas sus fuerzas y facultades, á pesar de las terribles pruebas de dudosa moralidad que sin tregua nos está dando; que atribuye sus vicios á la compresion en que ha vivido, y se promete alcanzar de él por medio de una libertad completa los actos del más puro desinterés y de la abnegacion más pura, porque en los mitos en que segun esa filosofía se ha pintado la humanidad á sí misma, están descritos y opuestos el uno al otro bajo los nombres de infierno y de paraíso, un tiempo de compresion y de pena y otro de felicidad y de independenciam. Con una doctrina tal bastará, cosa por otra parte inevitable, que el hombre reconozca que no es ni Dios, ni bueno, ni santo, ni sabio, para que al punto se eche de nuevo en brazos de la religion; de tal modo, que en última análisis, todo lo que habrá ganado el mundo en la negacion de Dios, será la resurreccion de Dios.

No es este, á mi modo de ver, el sentido de las fábulas religiosas. La humanidad, con reconocer á Dios como su autor, su señor, su *alter ego*, no ha hecho más que determinar por medio de una antítesis su propia esencia; esencia ecléctica y llena de contrastes, emanada de lo infinito y contradictoria de lo infinito; desarrollada en el tiempo y con aspiraciones á la eternidad, falible por todas estas razones, aunque guiada por el sentimiento de la belleza y del orden. La humanidad es hija de Dios, como toda oposicion es hija de una posicion anterior: por esto la humanidad ha encontrado en Dios un semejante y le ha dado sus propios atributos, si bien siempre revistiéndolos de un carácter específico, es decir, definiendo á Dios como su término contradictorio. La humanidad es un espectro para Dios, como Dios es un espectro para la humanidad: el uno es para el otro causa, razón y fin de existencia.

No bastaba, pues, haber demostrado con la crítica de las ideas religiosas que la concepcion del yo divino está reducida á la percepcion del yo humano; era además preciso hacer la contraprueba de esa deducción con la crítica de la humanidad misma, y ver si esa humanidad llenaba las condiciones que suponía su aparente divinidad. Tal es el trabajo que hemos solemnemente inaugurado, cuando partiendo á la vez de la realidad humana y de la hipótesis divina, hemos empezado á desenvolver la historia de la sociedad en sus establecimientos económicos y en sus pensamientos especulativos.

Hemos dejado sentado por una parte que el hombre, aunque provocado por el antagonismo de sus ideas y en cierto modo excusable, obra mal por antojo y por el ímpetu bestial de sus pasiones, cosa incompatible con el carácter de un sér libre, inteligente y santo. Hemos demostrado por otra parte que la naturaleza del hombre no está armónica y sintéticamente constituida, sino formada por la aglomeracion de las virtualidades especiales de las demás criaturas; circunstancia que, con revelarnos el principio de los desórdenes cometidos por la libertad humana, ha venido á demostrarnos la falta de divinidad de nuestra especie. Finalmente, despues de haber probado que en Dios no sólo no hay providencia, sino que tambien es imposible; despues de haber, en otros términos, separado en el sér infinito los atributos divinos de los antropomórficos, hemos concluido en contra de las afirmaciones de la antigua teodicea, que relativamente al destino del hombre, destino esencialmente progresivo, la inteligencia y la libertad en Dios sufren cierto contraste, una especie de limitacion y de menoscabo que resultan de su carácter de eterno, inmutable é infinito; de tal manera, que el hombre, en vez de adorar en Dios á su soberano y su

guía, no podía ni debía ver en él sino á su antagonista. Bastará esta última consideracion para hacernos rechazar tambien el humanismo como sistema que tiende inevitablemente, por la deificacion de la humanidad, á una restauracion religiosa. El verdadero remedio contra el fanatismo, segun nosotros, no está en identificar la humanidad con Dios, lo cual equivale á afirmar en economía social el comunismo, y en filosofía el misticismo y el *statu quo*, sino en probar á la humanidad que Dios, en el caso de que le haya, es su enemigo.

¿Qué solucion saldrá más tarde de esos datos? Dios ¿resultará por fin ser algo?

Ignoro si llegaré á saberlo nunca. Si por una parte es cierto que no tengo hoy más motivo para afirmar la realidad del hombre, sér ilógico y contradictorio, que la realidad de Dios, sér que no se concibe ni se manifiesta; sé á lo ménos, por la radical oposicion de esas dos naturalezas, que nada tengo que esperar ni temer del autor misterioso que supone involuntariamente mi conciencia; sé que mis más auténticas tendencias me retraen cada dia más de la contemplacion de esta idea; sé que el ateismo práctico debe ser en adelante la ley de mi corazon y mi entendimiento; qué debo buscar la regla de mi conducta en la fatalidad susceptible de observacion; que debo rechazar y combatir todo mandamiento místico y todo derecho divino que se me proponga; que es atentar contra mí mismo volver á Dios por la religion, la pereza, la sumision ó la ignorancia; que si un dia por fin he de reconciliarme con Dios, esa reconciliacion, imposible mientras viva, reconciliacion en la que tendria mucho que ganar y nada que perder, no se puede realizar sino destruyéndome á mí mismo.

Concluyamos, pues, y escribamos en la columna

que debe servirnos de punto de mira para nuestras ulteriores investigaciones.

El legislador *desconfía* del hombre, compendio de la naturaleza y sincretismo de todos los séres. — *No cuenta* con la Providencia, facultad inadmisibile en el espíritu infinito.

Pero atento á la sucesion de los fenómenos, dócil á las lecciones del destino, busca en la fatalidad la ley de la especie humana, la perpétua profecía de su porvenir.

Recuerda tambien á veces que si el sentimiento de la Divinidad mengua entre los hombres; si se retira progresivamente la inspiracion del cielo para hacer lugar á las deducciones de la experiencia; si hay escision cada vez más flagrante entre el hombre y Dios; si ese progreso, forma y condicion de nuestra vida, escapa á las percepciones de una inteligencia infinita, y por consiguiente, sin historia; si por decirlo todo de una vez, es una baja hipocresía y una amenaza á la libertad de parte de un gobierno, apelar de nuevo á la Providencia; el consentimiento universal de los pueblos, sin embargo, manifestado por el establecimiento de tantos y tan diversos cultos, y la contradiccion para siempre jamás insoluble que afecta las ideas, las manifestaciones y las tendencias de la humanidad, indican una relacion secreta de nuestra alma, y por ella de la naturaleza entera con lo infinito, relacion que, determinada, expresaria á la vez el sentido del universo y la razon de nuestra existencia.